

Manía y omnipotencia*

Mario Martins

(Brasil)

Descriptores: MANIA / OMNIPOTENCIA / MAGIA / LIBIDO DEL YO / YO / DEFENSAS MANIACAS.

Juzgo innecesario justificar el enfoque de la manía que se presentará en este relato, según su título lo indica, por ser un hecho reconocido y prácticamente observado en todos los trabajos psicoanalíticos sobre la materia, que la omnipotencia desempeña un papel de suma importancia en los fenómenos maníacos. Es explicable, por otro lado, que muchas páginas del relato hayan sido dedicadas al examen de la omnipotencia, ya que ese tema debía ser aclarado y conceptualizado, como condición previa a su estudio conjunto con el de la manía. Debe considerarse también, que omnipotencia y manía actúan entrelazadas desde temprano, pues aunque la manía solamente pueda caracterizarse, conceptualmente, cuando el Yo ha adquirido un grado suficiente de integración y desarrollo que le posibilita relacionarse con objetos diferenciados e integrados, tiene sus antecedentes en manifestaciones primitivas de la omnipotencia, como la megalomanía infantil y las vivencias esquizoparanoides de grandeza, vinculadas con la utilización de ciertos mecanismos, también primitivos, que formarán parte, más adelante, de las defensas maníacas, descritas por M. Klein.

El desarrollo que se dio a los temas abordados fue predominantemente teórico, mostrándose estrechamente vinculado a los hechos clínicos registrados en los textos psicoanalíticos o recogidos directamente a través de la observación y de la experiencia. En la forma antes descrita se volvió posible proceder a la recolección de una serie de datos significativos, cuya evaluación y elaboración permitieron trazar un cuadro evolutivo unitario —aunque incompleto—, tanto con relación a la omnipotencia como a la manía, así como a las interrelaciones existentes entre ambas. A fin de mantener la exposición centrada en datos significativos, fue necesario renunciar a una ampliación de las investigaciones, de modo que pudiesen abarcar otros campos conceptuales relativos a la omnipotencia y a la manía, de ahí que resulte que no se hayan incluido en el relato referencias y apreciaciones sobre algunas contribuciones de interés sobre aquellos temas. La línea de investigaciones seguida, debo aclarar, tuvo su punto de partida y la dirección de su desarrollo, en conceptos y puntos de vista clásicos, establecidos por Freud en el capítulo “Totem” y Tabú” (1913) en que se estudia la omnipotencia, junto al animismo y la magia. Ese texto de Freud constituye el material básico y la ruta de la exposición presentada en este relato.

Hechas las aclaraciones antes indicadas, iniciaré la misma con un resumen de aquel trabajo fundamental de Freud (9).

* Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre

Con la palabra animismo —doctrina de las representaciones del alma o de los seres espirituales— se designan las concepciones de los pueblos primitivos acerca de la naturaleza y del mundo, a quienes consideraban poblados por un número ilimitado de “almas”, buenas o malélicas, causantes de todos los fenómenos observados. Tales almas o espíritus “animaban” no solamente la naturaleza —vegetales, animales, minerales— sino también los hombres, alojándose en ellos y pudiendo transmigrar de unos a otros. Dada la constancia de la verificación del animismo en los pueblos primitivos, en épocas y continentes diferentes, Wundt lo consideró como un “estado natural de la humanidad”. Hume, citado también por Freud, contribuyó para aclarar cómo se producía la “animación” de los objetos y de las cosas, explicando que esa actitud del primitivo correspondía a una “tendencia universal de los hombres a concebir las cosas como cosas semejantes a sí mismos, transfiriendo a los objetos las cualidades con que estaban familiarizados y de que tenían íntima conciencia”. El animismo, comenta Freud, es una concepción psicológica y compone una mitología, constituyendo la primera de las tres grandes concepciones creadas por el hombre en su evolución, siendo las siguientes la religiosa y la científica.

Para la aparición de los primeros sistemas cósmicos debe haber contribuido la necesidad, experimentada por el primitivo, de someter a su dominio los fenómenos de la naturaleza, así como los otros hombres, las plantas y los animales, para lo cual recurría a la hechicería y a la magia, que pueden ser consideradas como las “técnicas del animismo”. De estas técnicas, según Freud, la más primitiva e importante es la magia, habiéndose originado anteriormente a la fase de “espiritualización” del animismo, en el tiempo en que las “almas” eran más parecidas a los hombres, mas materiales”. El fundamento en que se apoyan los actos mágicos, dice Tylor, proviene de un error de juicio que lleva a considerar como real una relación ideal entre dos cosas. Así, de acuerdo con los principios de magia descritos por Frazer (8), lo semejante produce lo semejante o los efectos se asemejan a las causas; o aun, las cosas que estuvieron en contacto continuarán actuando unas sobre las otras, aun después de separadas. Esos principios configuran dos técnicas mágicas —la “imitativa” u “homeopática” y la “contagiosa”—. Como analogía (semejanza) y continuidad (contacto, contagio), constituyen principios básicos que rigen los procesos asociativos de ideas, podría concluirse, observa Freud, que las prescripciones mágicas serían explicables como provenientes de aquellos procesos. Considera que tal explicación es insuficiente, puesto que se debe tomar en consideración la interferencia de un factor dinámico que se muestra fácilmente evidente: son los deseos humanos que actúan en la magia, deseos en cuyo poder el hombre primitivo confiaba de un modo ilimitado. Después de establecer una comparación entre la mentalidad del primitivo y la del niño —que satisface sus deseos alucinatoriamente o, más adelante, a través de juegos e imitaciones—, muestra Freud que en la “magia contagiosa” del primitivo, basada en la contigüidad, la valoración del deseo se extendió a todos los actos psíquicos, de ahí que resulte una sobreestimación de los procesos mentales en general. “Como el pensamiento no conoce distancias y reúne en el mismo acto las cosas más alejadas en el espacio y en el tiempo, también el mundo mágico vencerá telepáticamente las distancias espaciales y tratará las relaciones pasadas como si transcurriesen en la actualidad”. Destacados esos aspectos relativos al papel desempeñado por el contacto en los procesos mentales del primitivo y basándose en los conceptos que ya estableciera con respecto al pensamiento obsesivo, concluye Freud que el principio

que rige la magia, o sea, la técnica del pensamiento animista, es el de la “omnipotencia” de las ideas”. Aunque esa expresión haya sido aplicada inicialmente para calificar el pensamiento de los obsesivos, la omnipotencia de las ideas no es exclusiva de esos pacientes, encontrándose presente en las demás neurosis y en la estructuración de los síntomas neuróticos en general. Finalmente, el sistema inconsciente, tanto en sus contenidos como en sus actividades, el proceso primario, está regido por la omnipotencia. Retomando el enfoque de las sucesivas concepciones humanas, ahora ya en términos de la “omnipotencia de las ideas”, Freud refiere que en la faz animista el hombre se atribuía a sí mismo la omnipotencia; en la religiosa, la confería a los dioses; en la científica, finalmente, el hombre podría dispensarla, habiendo perdido ya la creencia en su inmortalidad, pero estando sometido a las leyes de la naturaleza. Más, aun en esa faz se podrá vislumbrar la antigua fe en la omnipotencia, expresada ahora en la confianza del hombre en el poder de su inteligencia, por medio de la cual tal vez un día pueda triunfar sobre las limitaciones impuestas por la realidad. Una de las fuentes de esa omnipotencia residual está situada en la organización narcisista, con la cual se relacionan aspectos característicos de la omnipotencia que corresponden tanto a la megalomanía infantil como al animismo. Tal fuente sería inagotable, dado que “el hombre permanece hasta cierto punto narcisista, aun después que haya encontrado objetos externos para su libido, pues los revestimientos de objeto que realiza son como emanaciones de la libido que reviste al Yo y a él pueden retornar en cualquier momento”.

Finalizando esta revisión del trabajo de Freud, destacaré aun dos pasajes de gran importancia. El primero se relaciona con el papel de los fenómenos proyectivos en el animismo, pues el procedimiento del primitivo consistía en “transferir al mundo exterior la estructura de su psiquismo”, poblando el mundo con almas, espíritus o demonios, que no eran sino “proyecciones de sus tendencias afectivas”. El segundo pasaje nos indica un motivo para las proyecciones, o para su intensificación: ellas deberían proporcionar al primitivo la ventaja de un alivio psíquico, como ocurre también en los paranoicos que utilizan los mecanismos proyectivos.

Con los datos antes expuestos, recogidos del trabajo de Freud, creo que contamos ya con el material necesario y los conocimientos fundamentales para iniciar y desarrollar el estudio sobre la omnipotencia, que constituye uno de los objetivos de este relato.

—2—

Si procurásemos ordenar los diversos aspectos o cuadros de omnipotencia que Freud estudió en su trabajo, verificaríamos que los mismos se hacen presentes en determinadas situaciones evolutivas (en el primitivo, en el niño, en el período del narcisismo primario), o en determinado sistema psíquico (el inconsciente), o aun, como componentes de las neurosis y de las psicosis. Tomando en consideración, a continuación, elementos característicos comunes, o de diferenciación, existentes entre los diversos aspectos de omnipotencia arriba mencionada, puede concluirse que los mismos se distribuyen en dos grupos, o se refieren a dos niveles distintos en el primero —nivel primitivo o primario— se sitúan los aspectos de omnipotencia que corresponden al sistema inconsciente, al animismo, al psiquismo infantil y al narcisismo primario; en el segundo —nivel secundario— se incluyen las manifestaciones de omnipotencia que Freud relacionó, de un modo general, al narcisismo secundario y que se observan en los síntomas y contenidos de las neurosis y psicosis. Prosiguiendo en el encuadre resultante de la sistematización expuesta, cabe decir que la omnipotencia del primer nivel, omnipotencia primaria, representando una expresión característica del sistema

inconsciente y de los procesos primitivos del desarrollo, es evidentemente normal, constituye un estado natural de omnipotencia, expresión que es sugerida por la que Wundt empleó para designar la omnipotencia del animismo. La del segundo nivel, omnipotencia secundaria, correspondiendo al narcisismo secundario y a las neurosis y psicosis (así como a las demás alteraciones de la personalidad y del carácter) es, por cierto, patológica.

Con respecto a la omnipotencia natural del inconsciente, debe entenderse que sus contenidos típicos, las fantasías inconscientes, constituyen unidades estructurales omnipotentes.* También los mecanismos de defensa, que son, por otra parte, mecanismos adaptativos (18), se muestran omnipotentes en su funcionamiento, que se efectúa, dicho sea de paso, conforme a las actividades del sistema inconsciente, o sea, del proceso primario. Vista bajo los aspectos de su actividad, la omnipotencia puede ser considerada también como una condición funcional característica del sistema inconsciente.

Como se vio en el trabajo de Freud, a lo largo de la evolución del hombre (de los primitivos a la época actual), evolución que se repite en el individuo (de la megalomanía infantil hasta la mentalidad del adulto, ya integrada en la realidad objetiva), la omnipotencia natural fue siendo de a poco restringida y confinada a sus niveles funcionales en el sistema inconsciente y en el Yo primitivo. No obstante, como refiere Freud, hay un campo de actividad en que su persistencia se hace siempre notoria, el de las manifestaciones del arte, dando lugar a que se hable “de la magia del arte y se compare el artista a un hechicero”. Pero si consideramos que “los procesos inconscientes son las verdaderas bases de la actividad psíquica” (9) y tomamos en consideración la participación de la omnipotencia en esos procesos, comprenderemos que la misma ha de estar presente, aunque no de modo ostensible, en las demás obras y realizaciones creadoras del hombre. Por este motivo, también, no es de extrañarse el comentario de Freud: “En nuestra confianza en el poder de la inteligencia humana, que ya cuenta con las leyes de la realidad, encontramos señales de la antigua fe en la omnipotencia

—3—

Freud señaló en su trabajo que el factor dinámico de la magia de los primitivos estaba representado por sus poderosos deseos, los cuales serían capaces de modificar la realidad. A esa formulación se siguió poco después (1914) la de Ferenczi (7), según la cual “los sentimientos de omnipotencia constituían “una proyección de la observación de que ciertos instintos son irresistibles y deben ser obedecidos sumisamente”.

Otro ángulo de enfoque, relativo al papel de los impulsos instintivos en la omnipotencia, quedó ya aludido en el resumen del trabajo de Freud, en los pasajes en que se mostraba la correspondencia existente y entre el narcisismo y el animismo del hombre primitivo. Este tema es tratado con mayores detalles en el estudio dedicado especialmente al narcisismo, donde vida anímica del niño y del primitivo (en ambos: omnipotencia, hiperestima del poder de los deseos, megalomanía, etc.). El concepto de Freud sobre narcisismo se basó, como se sabe, en la verificación de que la libido se encuentra concentrada, acumulada, en el Yo primitivo, teniendo en él su sede de

* Grinberg (17) refiere que las fantasías inconscientes son de por sí mágicas. A. Campo (4) las considera omnipotentes, apoyándose en las características señaladas por S. Isaacs (19).

origen, sede que se mantiene a lo largo de la vida, pues el Yo, de cierta manera, continúa siendo “el cuartel general de la libido”. Parten del Yo las cargas de objeto, convirtiéndose en libido objetal, pero de ahí pueden retroceder a su base anterior, transformándose de nuevo en libido del Yo. De ese retorno, dice Freud, es que resulta el narcisismo secundario, al cual relacionó los delirios de grandeza de la esquizofrenia y de la paranoia, que tienen sus antecedentes en la megalomanía infantil y sus fuentes en el narcisismo primario.

De acuerdo con lo expuesto se verifica, pues, que la omnipotencia está relacionada con los impulsos (deseos, instintos, libido narcisística) y que, por otro lado, el Yo mantiene su condición de sede de origen, tanto del narcisismo como de la omnipotencia. Sobre este punto volveré más adelante. En el momento juzgo propicio mencionar algunos datos recogidos de Nunberg que, coincidiendo de un modo general con las ideas de Freud, agregan algunos elementos de interés.

Refiere Nunberg (29) que la magia acostumbra mostrarse asociada a sentimientos de omnipotencia y que tales sentimientos son precursores de la megalomanía, convirtiendo “la conciencia de sí mismo en una grande y apasionada estima que induce al individuo a considerarse capaz de dominar el mundo”. La retirada de la libido de los objetos, aumentando la carga libidinosa del Yo, da lugar —de acuerdo con Nunberg— a la omnipotencia, a la magia, a la megalomanía, así como a la desaparición, tanto de los límites del Yo como del juicio de la realidad. El sentimiento de omnipotencia abarca al Yo por entero, en tanto que la magia corresponde apenas a ciertas funciones Y órganos. Ambos, pues —los sentimientos de omnipotencia y la magia— resultarían de la libido narcisística. En otro pasaje Nunberg destaca el hecho de que no solamente de la libido, sino también de la agresión, proceden los poderes de magia, los cuales serán positivos, creadores, en el primer caso, y negativos, destructivos, en el segundo. Enfocando otros aspectos, Nunberg refiere que la omnipotencia y la magia están relacionadas a la faz evolutiva en que el Yo y el Ello están aún mal diferenciados (como ocurre en el animismo y en el niño pequeño), de modo que las tendencias del primero se confunden con los impulsos del último. Aclara aun que los impulsos de actuación mágica proceden del Ello, pero se vuelven manifiestos en el Yo.

Nunberg, como se ve, destaca de nuevo la relación existente entre omnipotencia y narcisismo, mostrando, por otra parte, el papel no solamente de la libido, sino también el de la agresión en la magia y en la omnipotencia. Más aun, destaca el hecho de que la omnipotencia está asentada en el Yo, encontrándose en el Ello sus fuentes. Al registrar estos datos debe tenerse en cuenta, pues, que al atribuirse a energías instintivas la fuerza propulsora de la omnipotencia, no se estaría indicando nada singular; siendo así, se ve que lo que interesa específicamente en el problema es la observación de que aquellas energías surgen en la situación con características particulares de fuerza, de modo de presentarse como deseos omnipotentes o impulsos irresistibles, de acuerdo con las formulaciones de Freud y de Ferenczi.

—4—

Juzgo oportuno examinar ahora los conocimientos o concepciones con que contamos actualmente con respecto al desarrollo primitivo del niño, a fin de verificar, con más detalles, la aproximación y las semejanzas existentes entre ese período evolutivo y aquel en que se encuentra el hombre primitivo, tal como lo describió Freud en su estudio sobre el animismo. Paralelamente iremos obteniendo mayores aclaraciones sobre la omnipotencia en el niño pequeño, así como sobre los orígenes o los fundamentos de las reacciones maníacas que debemos abordar posteriormente en

este relato. Teniendo en cuenta los objetivos antes referidos, presentaré un resumen de las concepciones de Melanie Klein, pero, preliminarmente, considerando su valor histórico, así como los datos de interés que contiene, haré una síntesis del artículo de Ferenczi sobre las etapas del desarrollo del sentido de la realidad (1913), artículo que contiene un enfoque esquemático, en términos de omnipotencia y magia, acerca de la situación de unidad dual, constituida por el niño y su madre en los primeros tiempos de vida.

Tomando como punto de partida la existencia de un período inicial, hipotético, de omnipotencia incondicional, correspondiente a la vida intrauterina, Ferenczi (7) procura caracterizar las sucesivas etapas de omnipotencia que ocurren desde el nacimiento hasta la época en que el niño demuestra capacidad de comunicarse con la palabra, habiendo ya suficientemente desarrollado el sentido de la realidad. Luego del nacimiento se hace presente el “período de omnipotencia mágico-alucinatoria”, durante el cual los deseos se satisfacen alucinatoriamente, o de una manera mágica, ya que la obtención de lo deseado será tomada como un complemento inseparable del deseo. El período siguiente es el de la “omnipotencia mediante la ayuda de los gestos mágicos”. En este período las descargas motoras y el llanto que acometían ya al niño desde antes, pasarán a ser utilizados como “señales” que obtienen la satisfacción de los deseos, así como la prestación de cuidados que disipan en el niño afectos o sensaciones penosas. Nuevas “condiciones” necesarias a la obtención de las satisfacciones se van exigiendo y nuevas “señales”, cada vez más “especializadas” se requerirán, tales como movimientos de succión, voces, movimientos con las manos, gestos, que irán formando un comienzo de lenguaje. En el transcurso del tiempo, experiencias negativas se van sucediendo de modo de disminuir la confianza en el poder de los deseos y, por último, el lenguaje hablado contribuirá, con el pensamiento consciente, para llegar al juicio de realidad. Pero aun así, sobrepasado el período de la magia de los gestos, un último período mágico será alcanzado —el de los “pensamientos y palabras mágicas”—, sobre el cual tendríamos una muestra en la neurosis obsesiva, pues a él retroceden, según Ferenczi, los pacientes portadores de esa neurosis, aferrados a la omnipotencia de sus pensamientos y de sus fórmulas verbales.

Pasaré ahora a las contribuciones de Melanie Klein, que presentan un doble interés, pues contienen una concepción unitaria sobre el proceso de desarrollo mental del niño pequeño, Y ofrecen, al mismo tiempo los datos más significativos con que contamos, con respecto al sentido de la omnipotencia, su modo operativo, sus aplicaciones defensivas, y su papel en el propio proceso de desarrollo. Para M. Klein (24) la omnipotencia constituye una característica de la mente infantil y, como puede concluirse, estará en acción desde el nacimiento, al iniciarse las actividades del Yo, pues, de acuerdo con la autora, el niño, al nacer, cuenta ya con un Yo que, aunque precariamente organizado, tiene posibilidades de experimentar angustia, utilizar defensas y establecer relaciones de objeto, aunque según moldes primitivos (21).

Los procesos primitivos, como ya se dijo antes, funcionan en base a la omnipotencia, pero aquí, en las fases iniciales del desarrollo del niño (posición esquizoparanoide y posición depresiva), la omnipotencia domina todos los aspectos de la vida emocional, a través de las relaciones primarias establecidas con objetos fantásticos, parciales, disociados, los cuales son idealizados como buenos (objeto ideal, conteniendo los impulsos libidinosos proyectados), o se presentan como característicos de maldad (objeto malo, persecutorio, conteniendo las proyecciones

destructivas). Las fantasías con el objeto ideal * se funden con las experiencias gratificadoras vividas con la madre; las fantasías persecutorias se incluyen en las experiencias de privación, atribuidas al objeto perseguidor. Con esos datos, aunque sumarios, tenemos elementos para configurar las ansiedades dominantes en la posición esquizoparanoide, ansiedades que surgen frente a los peligros de dominio y destrucción a que está expuesto el Yo, así como el objeto ideal, que constituye su sostén y su fuente de vida.

Para conseguir los fines defensivos propuestos se intensificarán y reforzarán las defensas —identificaciones proyectivas, escisiones, mayor idealización, negación, etc.—, componiéndose sistemas de defensa diversos, sobre los cuales no creo necesario entrar en detalles en este resumen. Quiero agregar, pues, que cuando se habla de reforzar defensas, debe entenderse que entre los recursos utilizados en ese sentido se incluye destacadamente un aumento de la omnipotencia de los mecanismos utilizados en esa ocasión. Tal vez pueda comprenderse que es aludiendo a eso que M. Klein califica como omnipotente, en ciertos pasajes, a un determinado mecanismo (con frecuencia, por ejemplo, la negación), sabiéndose, por otra parte, que de acuerdo con sus conceptos, todos los mecanismos están dotados de omnipotencia.* El refuerzo de la omnipotencia debe expresar, pues, una mayor movilización de energías por parte del Yo, a fin de enfrentarse con los peligros que la situación presenta.

Retomando las consideraciones anteriores, cabe mencionar que los mecanismos esquizoparanoides no sirven para proteger al Yo en situaciones de ansiedad y de peligro destructivo, pero desempeñan funciones importantes en el proceso de desarrollo, destacándose en ese sentido el papel de la escisión, de las identificaciones, de la idealización, de la negación, etc.

Si el desarrollo —escribe H. Segal (31)— “se efectúa en condiciones favorables, el niño siente, cada vez más, que su objeto ideal y sus propios impulsos libidinosos son más fuertes que el objeto malo y sus propios impulsos malos; puede él, entonces, identificarse, de modo creciente, con su objeto ideal y, gracias a esta identificación y también al desarrollo y crecimiento fisiológico de su Yo, siente que el mismo se va fortaleciendo, se va haciendo capaz de defenderse, así como al objeto ideal”. En esa forma comienza a declinar la posición esquizoparanoide, haciéndose más fuertes, al mismo tiempo, las tendencias integradoras del Yo y del objeto. En tales condiciones evolutivas comienza a configurarse la posición depresiva, pasando el objeto, antes dissociado en sus aspectos buenos y malos, a constituir un todo, un objeto único y diferenciado. De la misma forma el Yo habrá progresado en su integración, disociándose cada vez menos y desarrollando una nueva relación con el objeto, al cual se dirigirán ahora tanto el amor como el odio, expresando su ambivalencia. Las ansiedades de la posición depresiva ya no están centradas en el Yo como en la posición anterior, sino en el objeto, que podrá ser aniquilado por los impulsos destructivos del Yo, representados básicamente por el sadismo oral. “La omnipotencia de los mecanismos de introyección oral hace surgir ansiedad ante la perspectiva de que los poderosos impulsos destructivos aniquilen no solamente al objeto externo, sino también al objeto bueno introyectado” (31). Sentimientos de pérdida y duelo se experimentarán, así como de culpa, pues a los propios impulsos sádicos del niño se

* La exposición sucinta de las ideas de M. Klein, que están siendo presentadas en este capítulo, se apoya en gran parte en resúmenes y citas del libro de H. Segal (31) “Introducción a la obra de Melanie Klein”, texto escogido no solamente por su merecimiento propio, como por presentar los puntos de vista kleinianos ya condensados y debidamente ordenados.

* Observaciones sobre el mismo hecho son efectuadas por A. Campo (4) en el trabajo que hemos citado

debe la pérdida de su objeto. Se configura así una experiencia depresiva característica, cuya intensidad podrá ocasionar un cierto grado de regresión al uso de los mecanismos esquizoparanoides como defensas contra el sufrimiento y la culpa. Pero, prosiguiendo en su curso evolutivo, la experiencia será señalada por deseos de reparación del objeto bueno destruido, el cual será recuperado y restaurado finalmente, tanto en la realidad interna como en fantasías omnipotentes. La posición depresiva, prosigue H. Segal, “marca un progreso crucial en el desarrollo y durante su elaboración el niño cambia radicalmente su concepción de la realidad. Al integrarse más su Yo, al disminuir sus procesos de proyección y al comenzar a percibir su dependencia de un objeto externo, así como la ambivalencia de sus propios fines instintivos, el niño descubre su realidad psíquica”. En todas esas operaciones interfiere la omnipotencia, pues tanto los impulsos buenos como los malos actúan omnipotentemente y tentativas omnipotentes de reparación se repetirán muchas veces. Con la evolución favorable del proceso de elaboración de la posición depresiva, se establecen y afirman en el niño sentimientos de amor y respeto por sus objetos, acompañados de responsabilidad y culpa. II. Segal señala, a continuación, los cambios que tienen lugar en el Superyo: “Los objetos ideales y persecutorios introyectados en la posición esquizoparanoide forman las primeras raíces del Superyo. El objeto persecutorio es vivenciado como autor de castigos crueles y represivos. El objeto ideal, con quien el Yo anhela identificarse, se convierte en la parte del Yo correspondiente al Ideal del Yo, que también resulta persecutorio por sus elevadas exigencias de perfección. A medida que se aproximan entre sí el objeto ideal y el objeto persecutorio, durante la posición depresiva, el Superyo se integra más y es vivenciado como un objeto interno total, amado con ambivalencia”. Y más adelante: “El Superyo no es solamente la fuente de los sentimientos de culpa, sino también un objeto de amor que, en el sentir del niño, lo ayuda en su lucha contra los impulsos destructivos”.

Las sucesivas experiencias de duelo y reparación, pérdida y recuperación, fortalecen y enriquecen al Yo, que integra los objetos que recreó en su interior. Ese recrear y reparar constituyen las bases de la capacidad de creación y sublimación, posibilitando su desarrollo en forma armónica, así como el de sus relaciones de objeto.

Esas experiencias primarias de duelo constituyen miniaturas de los duelos posteriores y a ellas, aun cuando sin mencionarlas específicamente, hizo alusión Freud (14) cuando escribió:

“Explicamos el doloroso sufrimiento de la melancolía, estableciendo la hipótesis de una reconstrucción en el Yo del objeto perdido, es decir, la sustitución de una carga de objeto por una identificación, pero no llegamos a darnos cuenta de toda la importancia de ese proceso, ni de cómo era típico y frecuente. Ulteriormente comprendemos que tal sustitución participa considerablemente en la estructuración del Yo y contribuye, sobre todo, a la formación de aquello que denominamos su carácter”. Cabe citar aun otro extracto de Freud, del propio capítulo sobre animismo que fue resumido al comienzo, extracto en el que, después de comentar las experiencias de duelo del primitivo, concluye: “. . . vemos en el conflicto afectivo que tal situación crea para los sobrevivientes, la fuerza que impulsa al hombre a reflexionar e investigar”.

—5—

Al resumen que acabamos de presentar debería seguirle un complemento relativo a las defensas maníacas, descritas por M. Klein. Juzgo conveniente para el desarrollo de la exposición, establecer antes una comparación entre las características de la vida mental del niño pequeño, consideradas en términos de las posiciones esquizoparanoide y depresiva, y las características de la mentalidad del primitivo,

estudiada por Freud en el animismo, conforme quedara ya establecido.

Sabíamos ya que los procesos mentales del primitivo y del niño se asemejaban y que ambos eran marcados por la omnipotencia. Disponemos ahora de mayor riqueza de datos a ser comparados. Comenzaré destacando el hecho de que ambos, el niño y el primitivo, utilizan intensamente los mecanismos de proyección. El niño procede así motivado por su ansiedad, colocando en los objetos externos partes destructivas de su Yo. El primitivo, como refiere Freud, procura obtener la ventaja de un alivio psíquico. Es evidente que ese alivio consiste en reducir la ansiedad, tanto más que Freud equiparó las proyecciones del primitivo a las de los paranoicos. Con igual razón pueden ser equiparados los contenidos de las proyecciones: almas, espíritus, demonios, corresponden a proyecciones de los contenidos del mundo interno, de objetos, partes del Yo, conteniendo sus impulsos, en los moldes descritos por M. Klein en la posición esquizoparanoide. Tales proyecciones requieren la acción de los mecanismos disociativos —y, de ese modo— tendremos otro trazo común entre las condiciones internas del primitivo y del niño—. Así como éste, los primitivos vivían en un mundo mágico en que los fenómenos naturales eran producidos por las almas proyectadas, siendo las desgracias, la enfermedad y la muerte determinadas por perseguidores, los enemigos, es decir, los depositarios de las proyecciones destructivas realizadas. Podríamos proseguir en esas comparaciones, pues fácilmente serían encontrados otros aspectos comunes existentes en el primitivo y en el niño. Pero el cuadro sería falso si no destacáramos también las diferencias en los niveles evolutivos alcanzados o —lo que interesa luego focalizar— la diferencia de los tipos de defensa empleados. Así, en cuanto a las proyecciones, éstas, en los primitivos, mantenían en el mundo exterior, de un modo más o menos estable, los contenidos proyectados, lo que era posible con el auxilio de otros mecanismos. Bajo estos aspectos la causa fundamental de la diferencia está representada por la vasta organización obsesiva, revelada y estudiada por Freud, organización que modelaba en muchos sentidos la manera de ser y de relacionarse de los primitivos, así como la rígida estructura social que habían conseguido construir, la cual, no obstante sus aspectos crueles, controlaba los impulsos destructivos de cada individuo, constituyendo un factor positivo de integración y desarrollo (recuérdese que, en nuestra actual cultura, persisten en el Superyo esos aspectos crueles y persecutorios). Es evidente, pues, que los niños pequeños y los primitivos están situados en niveles evolutivos diversos. Eso no altera las semejanzas verificables entre ambos y, de todos modos, por ejemplo, los aspectos esquizoparanoides del desarrollo mental primario están presentes en el animismo, aunque en parte aparezcan ya modificados, controlados por la organización totémica, a través de los tabús, de la magia y de las defensas obsesivas. También en el niño pequeño, a partir de cierto momento, veremos en expansión tales defensas, constituyendo una barrera contra las ansiedades esquizoparanoides y depresivas y una etapa de progreso evolutivo.

En las consideraciones anteriores quedó más destacada la aproximación entre posición esquizoparanoide y animismo que entre este último y la posición depresiva. En verdad se tiene la impresión de que la posición depresiva, ya en desarrollo, se hallaba impregnada de vivencias esquizoparanoides, asentando en un Yo escindido y en objetos insuficientemente integrados. El método de elaboración del primitivo parece estar basado en la colocación de las fuentes de ansiedad (objetos peligrosos, impulsos destructivos) fuera de sí, fijándolas en objetos, animales y cosas del mundo exterior, donde, a través de un esfuerzo, no individual sino colectivo, eran mantenidas bajo control (y poco a poco, a lo largo de milenios, se fueron elaborando). El retorno de lo proyectado, que ocurría en forma maciza, tenía un poder destructivo incontrolable,

pudiendo llevar al individuo a la muerte (la quiebra de un tabú, por ejemplo, determinaría tales efectos). Pero, retomando el tema de la posición depresiva, se verifica que la vinculación filial del primitivo con los objetos estaba colocada fuera, existiendo, a través de lazos mágicos, en relación al totem (un animal, el antepasado común a todos), totem que, con sus aspectos tabú, constituía una representación del Superyo primitivo (y colectivo) protector y terrorífico, anunciando ya los dioses futuros. El proceso de recuperación del objeto, característico de la posición depresiva, estaba siendo vivenciado crudamente en la práctica del canibalismo; y el duelo y la culpa, marcados por el sadismo oral, se revestían de colores paranoides, persecutorios, tal como está descrito en las páginas en que Freud (10) estudió el tabú de los muertos.*

—6—

Retomaré ahora la exposición de las concepciones de Melanie Klein que venía presentando, completándola con una síntesis sobre las defensas maníacas.

Habíamos visto que las defensas contra la depresión se hacían por medio de los mecanismos de reparación, procurando recuperar el objeto y restaurarlo. Debe agregarse, pues, que no siempre ese procedimiento será llevado a cabo y ultimado, lo que podrá ocurrir cuando fuesen demasiado intensas las primitivas experiencias de duelo. En tales circunstancias serán utilizadas las defensas maníacas, entre las cuales figuran diversos mecanismos que vienen de la posición anterior, esquizoparanoide, tales como la negación, la escisión, la identificación proyectiva y la idealización. Con su empleo el Yo podrá obtener un alivio transitorio, necesario para su fortalecimiento y retoma ulterior de la reparación, o, si no, los utilizará de un modo más duradero, por serle insoportable la opresión producida por la ansiedad y por la culpa. Aunque aquellos mecanismos sean provenientes de la posición esquizoparanoide, el Yo podrá ahora manejarlos de un modo diferente, pues se encuentra ya más integrado y son de otro tipo las ansiedades que experimenta, ya que resultan de sus preocupaciones por el objeto y se acompañan de culpa.

Es en esas circunstancias, pues, que el Yo recurrirá a “fantasías omnipotentes y violentas” (23), que se incluyen en las defensas maníacas, a fin de dominar los objetos malos, salvar los objetos amados y protegerse a sí mismo (pues otro riesgo que lo amenaza es el de una regresión incontrolable a la posición esquizoparanoide, exponiéndose al aniquilamiento por desintegración). Ya desde antes, observa M. Klein (23), esas fantasías omnipotentes, tanto reparatorias como destructivas, tenían el poder de estimular, en el niño, actividades, intereses y sublimaciones, lo que demuestra que la manía, al lado de sus significados patológicos, presenta también significados positivos, capaces de influir favorablemente en el desarrollo del Yo. La característica principal de la manía, afirma M. Klein (22), es el sentimiento de omnipotencia. Al lado de éste, figura como mecanismo básico, la negación. La negación incide sobre la realidad interna (y, en cierto grado, sobre la externa), así como sobre los objetos, buenos o malos, oscureciendo y anulando la importancia de los primeros y la destructividad de los últimos. La solución procurada es la del alejamiento de los objetos, la liberación de la dependencia de los mismos, sin que eso comporte un deshacerse de ellos por completo. La “elección” de la manía posibilitará tal solución,

* Los temas tratados en este capítulo comportarían mayor desarrollo bajo varios aspectos, entre los cuales se incluiría, el de un enfoque evolutivo unitario, abarcando las ansiedades primitivas consideradas tanto en el niño pequeño como en el hombre primitivo. Tal desarrollo ocuparía, pues, un excesivo espacio en este relato, debiendo ser retomado en otro trabajo.

porque el maníaco, como lo observa M. Klein, no desiste de las profundas identificaciones que logró establecer anteriormente con sus objetos. Para llevar adelante aquellos propósitos se une a la negación otro mecanismo —el del control omnipotente—, el cual nos muestra al Yo actuando de un modo directo, por medio de su omnipotencia, en la aplicación de las medidas defensivas. La acción específica de tales medidas consiste en el dominio de los objetos, de modo que no puedan causar daños al Yo, ni peligros uno para el otro. Ya de este cuadro se percibe que las situaciones temidas están configuradas en moldes de escenas primarias, las cuales constituyen el objetivo central del control. Los métodos utilizados pueden ser violentos, pero tal violencia no deberá alcanzar a extremos que hagan imposible la reversión del mecanismo, de modo que los objetos puedan ser liberados y restituidos a la vida. Esta última referencia se justifica por el hecho de que los objetos controlados pueden ser mantenidos como si estuviesen semimuertos, o, conforme expresaba una paciente de M. Klein (22), como si estuviesen “con la vida en suspenso”

Más adelante deberé ocuparme nuevamente de este tema; por ahora, para finalizar esta síntesis de las concepciones de M. Klein sobre las defensas maníacas, debo referirme a los sentimientos de triunfo y de desprecio, los cuales, como observa

II. Segal (31), constituyen, junto con el control omnipotente, la tríada de sentimientos que caracteriza la relación maníaca con los objetos. Controlar un objeto, dice la autora, es negar la dependencia del mismo y obligarlo, por otro lado, a satisfacer las necesidades de dependencia; y triunfar sobre el objeto, es negar los sentimientos depresivos ligados a su valorización y a la importancia afectiva que le fuera atribuida. Agrega aun que el triunfo está vinculado a la omnipotencia y guarda relación con el “ataque primario infligido al objeto en la posición depresiva, así como con el triunfo experimentado en derrotarlo, especialmente cuando el ataque fue fuertemente determinado por envidia”. Además de eso, el triunfo mantiene la depresión a la distancia y niega los sentimientos de pérdida y de culpa.

—7—

Como complemento del capítulo anterior, deseo hacer un comentario más amplio con respecto al papel integrativo que las defensas maníacas pueden desempeñar, hecho ya destacado por M. Klein. Puntos de vista semejantes a los suyos, inclusive dando mayor extensión a los efectos positivos de la manía, fueron expresados por otros autores, aunque bajo enfoques diferentes. Así, Schilder (1926), citado por Rosenfeld (30), afirma que la manía determina un fortalecimiento del Yo y representa un esfuerzo en el sentido de la integración. Katan (20) registra que los síntomas maníacos sirven con fines de restitución y recuperación, pues aunque no conduzcan a una mejoría del paciente, influyen para atenuar o evitar una evolución psicótica más regresiva. Dentro de ese punto de vista, la presencia de “fuertes síntomas maníacos” en una esquizofrenia aguda, indicaría, de acuerdo con el autor, un pronóstico favorable. Por otra parte, en casos crónicos, las reacciones maníacas podrán impedir o retardar la deterioración psicótica. Corroborando estas últimas referencias de Katan, puedo mencionar que es de observación frecuente en hospitales psiquiátricos que muchos pacientes portadores de delirios crónicos sistematizados (paranoicos, parafrénicos), en los cuales se hace notar un acentuado componente maníaco, pueden presentar, después de muchos años de internación hospitalaria, un mínimo de deterioración mental. Varios factores podrían contribuir para protegerlos, pero, entre los mismos, debe tenerse en cuenta lo que está representado por la omnipotencia, pues el enorme poderío de que se encuentran investidos, lo cual coloca al enfermo “por encima” de los maléficos poderes de sus “enemigos”, se constituye en una fuerza integradora para las

partes del Yo que escaparon al proceso espoliativo representado por la intensidad de los mecanismos de escisión, de identificaciones proyectivas y demás defensas esquizoparanoicas que actúen en el proceso. Se agrega aun que la autoidealización que está implícita en los sentimientos de poder y en las ideas de grandeza, expresa una identificación con un objeto idealizado, lo que asegura la manutención de una relación objetal, aunque sea en moldes primitivos. A pacientes de este tipo —y a los delirios de grandeza que presentan— se refirió Freud (11) en su estudio sobre el narcisismo, mostrando que los mismos habían vuelto a las condiciones del narcisismo infantil, o sea, a una época del desarrollo primitivo que se caracteriza por la concentración de la libido en el Yo. Como ya vimos en citas anteriores de Nunberg (29), los efectos positivos, constructivos, de la omnipotencia o de la magia, deben ser relacionados con la libido utilizada como energía de las actuaciones omnipotentes o de los actos mágicos practicados. Siendo así, el papel integrativo y creador que puede desempeñar la omnipotencia, se confunde con el de la libido que en ella se incluye. Se comprende, por otro lado, que un refuerzo de la omnipotencia del Yo, como recurso defensivo, por ejemplo, traduce también un refuerzo de la libido, de lo cual surgen ya efectos protectores. El proceso en consideración sería equiparable al que Freud (11) describió al referirse a las medidas de refuerzo del revestimiento libidinoso de un órgano enfermo, para fines de protección y de cura

De la observación de los mismos pacientes paranoicos en que se basaron las consideraciones anteriores, pueden recogerse datos relativos a otro factor dinámico de la omnipotencia —los impulsos destructivos—. Estos se encuentran en acción en los aspectos omnipotentes de aquellos enfermos que tienen su expresión en la arrogancia, en los sentimientos de odio, en los violentos medios de defensa y ataque que utilizan del mismo modo, estarán presentes en la omnipotencia del Superyo y de los objetos perseguidores, los cuales contienen partes proyectadas del Yo y aspectos disociados del Superyo.

—8—

Creo que un examen detallado del mecanismo de control omnipotente, constituye un camino adecuado de aproximación para el enfoque inicial de la reacción maníaca y de la omnipotencia que la caracteriza. Retomaré así la exposición en el punto en que, resumiendo las ideas de M. Klein, fue descrito aquel mecanismo, mencionándose que la escena primaria constituía el objetivo específico del mismo y que, para hacerse efectivo el dominio de los objetos, podrían ser empleados medios violentos, al punto de que pareciesen privados de vida (“mantenidos con la vida en suspenso”, conforme registraba M. Klein).

En muchas observaciones que realicé sobre los mecanismos de control omnipotente, tuve ocasión de comprobar que su propósito fundamental, así como sus resultados más característicos, *consisten* en establecer una inmovilización de los objetos. Porqué y para qué los objetos deben quedar inmóviles, estáticos (“con la vida en suspenso” o “como muertos”, “congelados”, etc.), es una indagación que puede ser luego respondida si recordamos el sueño de escena primaria del “Hombre de los lobos”, analizado por Freud (13) y destacamos del mismo el siguiente fragmento: “El único movimiento del sueño fue el de abrirse la ventana, pues los lobos permanecían quietos en las ramas del árbol, a la derecha y a la izquierda del tronco, mirando hacia mí”. Ese cuadro de inmovilidad general, que está acentuado por otros detalles del sueño, correspondía, como se sabe por las interpretaciones de Freud, a una percepción original exactamente opuesta, es decir, la de un “agitado movimiento”, la

cual fuera experimentada por el paciente, en su infancia, frente a la escena primaria a la que asistiera. El contenido latente del sueño era, pues, la escena primaria, pero su contenido manifiesto, con los lobos quietos en sus lugares en el árbol, mirando fijamente, nos muestra también un cuadro típico de inmovilización de los objetos bajo la acción del control omnipotente. En el sueño de un paciente, que relataré a continuación, se describe el movimiento peligroso de la escena primaria y su súbita paralización, realizada para impedir la destrucción de los objetos y del Yo: “Estaba con mi hijo pequeño en una avenida de intenso movimiento. El se escapa de mí, trata de atravesarla y lo veo luego en la inminencia de ser apretado por dos autos a alta velocidad, que venían en dirección opuesta e iban a chocarse. Súbitamente los autos paran, faltando poco para el choque, y veo que mi hijo está bien”. Como por un efecto mágico, los objetos, prontos para destruirse en la escena primaria, que envolvía también al Yo, se inmovilizan y paralizan a tiempo. En otros ejemplos, correspondientes a sueños o fantasías de pacientes, los objetos están congelados (“mantenidos en un refrigerador”), o fueron atropellados por un automóvil y yacen heridos, sin poderse mover o levantar, a la espera de socorros. Congelados o heridos, los objetos están vivos y podrán ser reconfortados, reanimados y salvarse. Hay, por lo tanto, posibilidades de reversión del mecanismo de control y esperanzas en cuanto a la liberación y restauración de los objetos. Pero en ese camino surgen dificultades: cesada la inmovilización, los objetos *reanimados comenzarán a actuar y eso equivale a la reconstitución del “agitado movimiento”*, la escena primaria que fuera paralizada; o, entonces, los objetos (ya descongelados, amparados, socorridos) expresarán en palabras y gestos, quejas y acusaciones. Los pacientes, entonces, retroceden ante el resurgimiento de la escena primaria destructiva, así como ante la culpa que experimentarían y que no pueden soportar. Finalmente, debe agregarse, que desprecian los objetos mantenidos bajo dominio, no reconociendo que los mismos merezcan ser socorridos y cuidados. A través de esos aspectos se ve que existe ya en el mecanismo de control omnipotente un esquema o un croquis del cuadro que será notorio en la manía: la omnipotencia del Yo, su dominio y triunfo sobre el objeto, la desvalorización de éste, el desprecio por su deseo y su derecho de ser salvado y de ser amado (más adelante, desprecio y desvalorización adquieren un sentido moral, como denigración). Otros aspectos aun deben ser considerados: en las fantasías de escena primaria, que expresan un tipo de relación con los objetos (relaciones por identificaciones proyectivas e introyectivas, que toman amplio desarrollo en la época de la posición depresiva); el Yo, a través de sus identificaciones, está representado en cada uno de los objetos de la escena, figurando, pues, no solamente como atacante (un agresor sádico, más que un perseguidor), sino también como el objeto atacado —la *víctima del ataque sádico* (26, 27). Así, en el control omnipotente, el Yo está representado también en los objetos dominados, paralizados, semimuertos (en el sueño del “Hombre de los lobos”, la inmovilidad de las fieras y la fijeza de sus ojos, correspondían a la propia actitud de paralización y terror del niño ante la escena primaria). Debe atribuirse a esos aspectos la razón principal de la dificultad existente para que se proceda, en el tratamiento analítico, a la inversión del mecanismo de control, pues el paciente podrá vivenciar su identificación con el objeto atacado, sintiendo en sí mismo los sufrimientos y daños que había producido en aquél. La ocurrencia de tal posibilidad es evitada reiteradamente, pues el paciente se sentiría incapacitado, herido, semidestruido como, en sus fantasías, se encuentra el analista bajo la acción del control omnipotente que venía siendo realizado. La situación que estamos focalizando puede ser ilustrada aun a través de una comparación entre el control omnipotente y la manía: la pérdida del control sería equiparable a la de la

omnipotencia y del triunfo maníacos, y significaría, en ambos casos, la recaída en la depresión y el restablecimiento de la identificación con el objeto que fuera atacado y muerto, actualizándose las primitivas experiencias de duelo. Puede decirse, con tales fundamentos, que en el control omnipotente se dejan entrever no solamente las raíces de la manía, como ya habíamos visto, sino también las de la depresión.

—9—

Comentando la transformación de la melancolía en manía, escribe H. Deutsch (5): “En la faz melancólica toda la actividad psíquica pasa al Superyo, en vista de lo cual, en medio de sus sufrimientos, el Yo parece pasivo y totalmente entregado; podrá entonces, sucumbir ante la crueldad del Superyo y sufrir las últimas consecuencias de sus agresiones: la muerte bajo la forma del suicidio. Si eso no ocurre, debemos suponer que el Yo consiguió erigir defensas salvadoras contra la crueldad desenfrenada del Superyo”. Y más adelante: “Cuando la presión del Superyo se debilita, las fuerzas defensivas pueden desarrollarse. El Yo abandona el estado de sufrimiento pasivo y asume una actitud activa de defensa. Las manifestaciones de esa actividad caracterizan el cuadro clínico modificado. En mi opinión, la manía representa el proceso de actividad por parte del Yo, por el cual la energía melancólica, potencial o fijada anteriormente, se transforma en energía cinética relacionada con el mundo exterior”. Ese extracto de H. Deutsch, registrando con nitidez las condiciones en que ocurre el cambio del estado depresivo para el maníaco, servirá también para ilustrar el siguiente pasaje de Fenichel (6), en que el mismo problema está colocado en términos de la pérdida o de la posesión de la omnipotencia por parte del Yo: “Si en la melancolía el Yo se encuentra enteramente sin defensas y el Superyo es todopoderoso, en la manía el Yo recupera su omnipotencia, ya sea triunfando sobre el Superyo, ya sea aliándose a éste para participar de su poder”. En esa formulación están fijadas las maniobras finales que dan lugar a la transformación de la depresión en manía, sucediendo las cosas a modo de un golpe de fuerza en que un gobierno decaído (el del Yo), a través de una trama bien urdida, consiguiese retomar el poder. Abraham (1) se refiere a una situación previa de lucha, iniciándose la manía “cuando la represión no puede más resistir al asalto de los impulsos reprimidos” y éstos —“amor, odio, deseos eróticos y hostilidad agresiva”— “llegan a la conciencia con igual fuerza”. Ese es el momento del “triumfo”, cuyo concepto debemos a Freud (12), que lo relacionó a la liberación de los impulsos, absorbidos hasta entonces en el “doloroso sufrimiento de la melancolía” y, de un modo particular, a la actuación de la libido narcisística, movilizada mediante regresión al estado primario de omnipotencia existente en el Yo primitivo.

A fin de apreciar mejor en qué consiste esa recuperación de la omnipotencia por parte del Yo, podremos acompañar los cambios de sede que la misma experimenta desde que se instala la depresión (o el duelo) hasta el momento en que surge la reacción maníaca. Basándome en datos clínicos que registré en un trabajo sobre el duelo y el penar (28) y tomando como material de referencia una situación de duelo (marcada ya por aspectos patológicos, a fin de mejor destacar ciertos elementos significativos), sintetizaré las observaciones en la forma siguiente:

a) A la pérdida del objeto, que señala el comienzo del duelo, se sigue la recuperación del mismo a través del mecanismo de introyección, actuando dentro de una profunda regresión a la etapa oral sádica; la omnipotencia, en esa ocasión, está concentrada en el Yo (recuérdese los rituales mágicos primitivos y los ceremoniales religiosos existentes en la actualidad, centrados en prácticas introyectivas que procuran la recuperación de] objeto perdido).

b) Introyectado el objeto e iniciado el proceso de identificación, la omnipotencia habrá pasado al objeto, cuya idealización, ya en desarrollo, será intensificada; el Yo se entrega, entonces, al sufrimiento, se retrae y se empobrece, mientras que el objeto se expande y extiende su dominio sobre el Yo.

c) El Yo, identificado con el objeto, asume las faltas y defectos de éste y será criticado y atacado por el Superyo; bajo tales faltas —aunque puedan corresponder a aspectos reales del

objeto—, se ocultan los primitivos sentimientos de desvalorización y de desprecio, dirigidos contra el mismo anteriormente, como se vio a propósito del mecanismo de control omnipotente; en la forma arriba indicada, presentándose el Yo ahora como el propio objeto, aquellos sentimientos están referidos a si mismo, mostrándose él despreciable, desmerecido, indigno.

d) Deben considerarse aun las primitivas vinculaciones existentes entre el objeto del duelo (ahora idealizado, omnipotente, dominador) y los objetos de las primeras experiencias de duelo, así como con el objeto primario, aspectos esos que explican la observación de M. Klein (23), según la cual el elemento nuclear de cualquier duelo está constituido por la pérdida de la madre. A través de aquellas vinculaciones se establece una conspiración entre el objeto del duelo y el Ideal del Yo, pues éste, de acuerdo con las concepciones kleinianas, resultó de identificaciones establecidas con el objeto ideal primario; del mismo modo, en la concepción de Hartmann y Loewenstein, sintetizada por Grete Bibring (3), el Ideal del Yo “representa el remanente de la autoimagen narcisística de la faz primitiva de omnipotencia, combinada con los aspectos idealizados de las amadas imágenes de los objetos paternos y maternos introyectados”. Finalmente, el Ideal del Yo, considerado como un aspecto componente del Superyo, está comprometido, por sus orígenes, con el objeto del duelo; también el Superyo, como un todo, participa de esa situación, pues la parte del mismo a que caben funciones críticas y persecutorias, corresponde a identificaciones con los objetos paternos y maternos introyectados, en cualquiera de las concepciones mencionadas (no obstante las diferencias, señala ladas en una y otra, en cuanto a la época evolutiva en que haya tenido lugar la estructuración de aquella instancia psíquica).

Los cuadros que acabamos de esbozar proporcionan una visión de conjunto acerca de la distribución de la omnipotencia en un duelo ya patológico o en la depresión, mostrándonos que aquella estaba concentrada en el Superyo y en el objeto del duelo, mientras que faltaba al Yo, agravando su empobrecimiento, ya configurado por la pérdida del objeto, a la cual se juntan las pérdidas representadas por las partes de sí mismo que quedaron incluidas en el objeto (16, 28), así como las que resultan del propio proceso de identificación (áreas del Yo ocupadas por el objeto). Por otro lado, creo que aquellos cuadros nos ayudan a comprender cómo se difunde la reacción maníaca, consiguiendo el Yo apoderarse tanto de la omnipotencia que se manifestaba en el objeto, como de la que se encontraba en el Ideal del Yo (recuérdese las vinculaciones existentes entre uno y otro), realizándose la fusión admitida por Freud (12), Abraham (1), M. Klein (22) y otros autores. Ya con relación a la omnipotencia del Superyo (considerado éste de acuerdo con conceptos ya expuestos), pienso, siguiendo puntos de vista de Fenichel (6) y de A. Garma (15), que la misma debe ser obtenida de un modo relativo y condicional, a través de lo que Fenichel llamó una alianza, pues no es auténtica la libertad del Yo maníaco frente a la instancia que lo oprimía sádicamente en la faz depresiva, no existiendo por lo tanto, un triunfo efectivo y real, ni un estado de fusión. Como referí anteriormente, se establecían en el período depresivo, conspiraciones, compromisos (alianzas, conforme a la expresión de Fenichel) entre el objeto y el Superyo, dado que ambos contienen en su estructura objetos primitivos

comunes, omnipotentes, persecutorios, idealizados; como consecuencia de esa situación algunos de aquellos compromisos pasan para el Yo, junto con la omnipotencia del objeto y algunos aspectos de su idealización (de hecho, como ya fue mencionado, ocurrió una inversión de situaciones: el objeto, antes omnipotente e idealizado, se muestra ahora desvalorizado y denigrado, en tanto que el Yo, empobrecido y despreciable, se volvió valorizado y omnipotente). De la retorta de la omnipotencia, en general, así como de la apropiación de aspectos idealizados del objeto y del dominio (parcial) del Superyo, resultan el Yo maníaco y su triunfo. El triunfo, por tanto, es consecuencia de la recuperación de la omnipotencia por el Yo, posibilitando a éste, de inmediato, una amplia utilización de las defensas maníacas y del mecanismo de negación, que fuera imprescindible para su establecimiento, y del mismo modo lo será para la manutención del estado maníaco. El papel preponderante de aquel mecanismo en la manía fue destacado, anteriormente a M. Klein, por Lewin (25) en 1932 y H. Deutsch (5) en 1933. Según esta autora, la negación constituye para los maníacos un grandioso mecanismo, expresión que nos da una idea de la omnipotencia y de los sentimientos de grandeza puestos al servicio de las negaciones realizadas. En verdad es mediante la negación que deben ser suprimidos no solamente los sentimientos depresivos- y la culpa, sino también las ansiedades persecutorias subyacentes, cuya intensificación y predominio transformarían la depresión en un cuadro paranoico o esquizofrénico —y una de las finalidades de la reacción maníaca consiste exactamente en impedir tal regresión, como ya fue señalado, posibilitando al Yo un grado de integración suficiente para que sean conservadas las identificaciones con los objetos primitivos—.

Volviendo a considerar el triunfo maníaco, siendo éste, como se sabe, un artificio logrado básicamente por medio de la omnipotencia y de la negación, no podría el mismo suprimir de un modo concreto y definitivo las condiciones de sufrimiento, culpa y destructividad que existían hasta su aparición. Creado el mundo maníaco, que podrá ser brillante y colorido, continuarán existiendo, entretanto, más profundamente, la depresión y la culpa, así como el empobrecimiento del Yo y su identificación con un objeto muerto, cuya recuperación y restauración no llegaron a efectuarse.

BIBLIOGRAFIA

1. ABRAHAM, Karl.— “Notas sobre la investigación y tratamiento psicoanalítico de la locura maníaco-depresiva y condiciones asociadas” (1911). (In: “Psicoanálisis clínico”. Buenos Aires, Ed. Paidós, 190 cap. 6, p.104-18.)
2. .— “Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a luz de los trastornos mentales” (1924). (In “Psicoanálisis clínico”. Buenos Aires, Ed. Paidós, 1959. cap. 26, p. 310-81.)
3. BIBRING, Grete.— Some considerations regarding the ego ideal in the psychoanalytic process. “Journal of the American Psychoanalytical Association”, New York, 1.2 (3): 517-21 jul. 1964.
4. CAMPO, A. J.— Introducción al estudio genético y evolutivo de la omnipotencia. “Revista de Psicoanálisis”, Buenos Aires, 20 (4) : 359-75; oct.-dic. 1963.

5. DEUTSCH, H.— “Sobre la psicología (le los estados maníaco-depresivos, especialmente de la hipomanía crónica” (195.3). [In GARMA, Angel (ed.): “Psicoanálisis de la melancolía”. Buenos Aires, A. P.A., 1948, cap. 24, p. 467-80.]
6. FENICHEL, Otto. La depression et la manie” (1933) - (In: La théorie psychanalytique des névroses”. Paris, Presses universitaires de France, 1953. tomo 2, cap. 17, p. 467-99.)
7. FERENCZI, Sandor.— “Estadios en el desarrollo del sentido de la realidad” (1913). (In: “Sexo y psicoanálisis’. Buenos Aires. Ed. Paidós, 1959, cap. 8, p. 153-70.)
8. FRAZER, James.— “La rama dorada: magia y religión”. México, Fondo de Cultura Económica, 1943, cap. 3, p. 33-72. -
9. FREUD), S.— “Animismo, magia y omnipotencia do las ideas” (1913). (In: “Totem y tabú”. Buenos Aires, Ed. Americana, 1943, cap. 3, p. 105-36.)
10. — “El tabú y la ambivalencia de los sentimientos” (1913). (In: “Totem y tatú”, cap. 2, p.33-103.)
11. - “Introducción al narcisismo” (1914). (In: “El porvenir de una ilusión”. Buenos Aires. Ed. Americana, 1943 cap. 209-26
- 12.----.— “La aflicción y la melancolía” (1917). (In: “La psicología de las masas y el análisis del Yo”. Buenos Aires, Ed. Americana, 1943, cap. 2, p. 209-26.)
- 13.----.— “Historia de una neurosis infantil” (1918). (In: “Historiales”. Buenos Aires, Ed. Americana. 1943, cap. 3, p. 181-318.)
14. —“El Yo y el Superyo (Ideal del Yo)” (1923). (In: “Psicología de las masas y análisis del Yo”. Buenos Aires, Ed. Americana, 1943, cap. 3, p. 246-58.)
15. GARMA, A. y E.— “Reacciones maníacas: alegría masoquista del Yo, por el triunfo, mediante engaños, del Superyo”. (In: “1º Congreso Interno y 9º Simposium año 1964. Manía y psicopatía”. Buenos Aires, A. P. A., 1964. vol. 1, 34-44.)
16. GRINBERG, L. “Aspectos normales y patológicos del duelo”. Relato oficial presentado al 4º Congreso Psicoanalítico Latinoamericano, Río de Janeiro, 1965.
17. .— Revisión de los conceptos sobre magia y omnipotencia. “Revista de Psicoanálisis”, Buenos Aires, 14 (3): 324-31; jul.-set. 1957.
18. HARTMAN, H.—” Ego Psychology and the problem of adaptation”, 2nd. ed. New York, International University Press, 1961.
19. ISAACS, S—”Naturaleza y función de la fantasía” (1943). (In KEIN, Melanie et alii: “Desarrollos en psicoanálisis’. Buenos Aires, Ed. Hormé, 1962. cap. 3, p. 71-114.)
20. G ATAN, Mauritis.— “Manía y el principio del placer”. (In GREENACRE, Phyllis:

- ‘Perturbaciones de la afectividad’. Buenos Aires, Ed. Hormé, 1959, p.451-66.)
21. KLEIN, M.— “Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante”. (Iii: “Desarrollos en psicoanálisis”. Buenos Aires, Ed. Hormé, 1962, cap. 6 p 177-208.)
- 22.----- . — _ . “Una contribución a la psicogénesis de los estados maniáco-depresivos”. (1934). (In: “Contribuciones al psicoanálisis”. Buenos Aires, Ed. Hormé, 1964. p. 253-78.)
23. .— “El duelo y sus relaciones con los estados maniáco-depresivos” (1940). (In: “Contribuciones al psicoanálisis”. Buenos Aires, Ed. Hormé, 1964, p. 279-301.)
24. .— “Notas sobre algunos mecanismos esquizoides” (1946). (In: “Desarrollos en psicoanálisis”. Buenos Aires, Ed. Hormé, 1962, cap. 9, p. 225-78.)
25. LEWIN, B. D.— ‘ ‘Análisis y estructura de una hipomanía transitoria’. [In GARMA, Angel (ed.): “Psicoanálisis de la melancolía”. Buenos Aires, A. P. A., 1948, cap. 23, p. 451-66.]
26. MARTINS, M.— Cena primaria e epilepsia. “Psicoanálise”, Porto Alegre, 1(4): 103-4; 1961.
- 27.-----.— “Cena primaria: seus significados evolutivos e patológicos”. Comunicação apresentada á Soc. Psic. de Porto Alegre, 1964.
- 28.-----.— “Notas e observações sôbre o luto e o pesar”. Versão ampliada de trabalho sobre o mesmo tema, apresentado no 4º Congresso Psicoanalítico Latino-Americano, Río de Janeiro, 1964.
29. NUNBERG, H.— “Magia y omnipotencia”. (In: “Teoría general de las neurosis basada en el psicoanálisis”. Barcelona, Ed. Pubul, 1937, cap. 4, p. 117-23.)
30. ROSENFELD, H.— Una investigación de la teoría psicoanalítica de la manía y de la hipomanía. “Revista de Psicoanálisis”. Buenos Aires, 21 (4): 293-355; oct.-dic. 1964.
31. SEGAL, Hanna.— “Introducción a la obra de Melanie Klein”. Buenos Aires, Ed. Paidós, 1965.